

***ENTRE LA PROVIDENCIA Y
LA RAZÓN: LA OBRA
HISTORIOGRÁFICA DE
JACQUES-BÉNIGNE BOSSUET***

*Luis Conde Blázquez
Historiografía e historiadores
30 de enero A.D. MMXXII*

ÍNDICE

Introducción _____	3
Vida y obra de Bossuet _____	6
La producción historiográfica de Bossuet en el <i>siglo del racionalismo</i> _____	9
Una historia universal para educar a un príncipe _____	11
Conocer al enemigo para vencerle con su historia _____	14
Conclusiones _____	15
Bibliografía _____	16
Anexos _____	17

INTRODUCCIÓN

«*Es la Historia el más grande ejemplo de la vida humana, que instruye con la experiencia y corrige con el ejemplo*». Estas palabras, sagazmente dispuestas por el obispo Bossuet, condensan el sapiencial valor que durante siglos la humanidad ha atribuido al pasado y que con magistral pluma cultivó el referido mitrado. Un tangencial sondeo de su figura da cuenta de unas extensas credenciales que, sin embargo, parecen no haber merecido la trascendencia de Jacques-Bénigne Bossuet ya no sólo en el desarrollo de la disciplina histórica occidental, sino en la cultura europea: su prolífica producción de sermones, obras librarías y oraciones fúnebres aglutina un denso universo de argumentos y conceptos que le permitieron actuar como peana del absolutismo francés y como barbacana frente a la herejía; al mismo tiempo, supo conjugar la reflexión teológica con el estudio del pasado y la teoría política, sin por ello neutralizar vicios interpretativos que bien le valdrían la encarnizada crítica de sus inmediatos sucesores. No en vano, el nombre de Bossuet remite las más veces a un postrer paladín del providencialismo, a un arcaico espectro anclado a la tradición agustiniana que discurre a contracorriente por las procelosas aguas del pensamiento filosófico, histórico y político del Seiscientos, centuria racionalista que, modelada por hombres como Descartes, Grocio, Pufendorf o Locke, miraba hacia la Ilustración. Pero, ¿hasta qué punto la legítima oratoria del púlpito neutralizó el estudio analítico del despacho? ¿En qué medida y en qué términos contribuyó su obra a la maduración del pensamiento histórico europeo? ¿Qué fundamentos heurísticos, más allá de las Sagradas Escrituras, lo ampararon? Dado que tan poliédrico personaje podría ser abordado desde tantas perspectivas, en el presente trabajo trataremos de despejar estas dudas incidiendo en su papel como historiador. La misma cita que hemos seleccionado para inaugurar estas páginas ya revela una profunda reflexión disciplinar que difícilmente puede reducir a Bossuet a un mero agente espiritual colonizador de la labor historiográfica. Pero no adelantemos los acontecimientos, dejemos que la trayectoria del dijónés fluya por los anales de la historia de Francia para entender, merced a su contexto histórico y personal, el significado de sus planteamientos.

Con arreglo a esta lógica expositiva, proponemos al lector viajar a la Francia del siglo XVII, metonímicamente identificada con la figura de Luis XIV: sus empeños en la afirmación de las prerrogativas regias, su personalismo en la representación del poder y su ambición en la acción política que habría de cimentar el Estado moderno son rasgos que cohesionan toda una época. Sin embargo, se hacen extensibles ya al primer hemisferio de la centuria, cuando los manejos de los cardenales Richelieu y Mazarino parecen tentar al historiador con la idea de un preludio de los áureos tiempos que habrían de venir. Abstrayéndonos de nombres propios, esta visión concentracionaria del poder servía, ante todo, a un doble fin: liquidar la turbulenta experiencia de un reino rasgado por hasta ocho guerras de religión y atajar de raíz cualquier episodio que recordara a la reciente revuelta de la Fronda. Pero tales pretensiones no sólo emanaban de la cúspide jerárquica: ya en 1614, ante el asesinato de Enrique IV, los diputados del Tercer Estado solicitaron que se diputara al rey la posesión de «soberanía en su estado, reteniendo su corona solo por Dios, sin poder en la tierra, sea espiritual o temporal, que tenga autoridad para deponer a la ungida persona del rey».¹ Desde luego, la monarquía francesa partía de unos rituales que favorecieron su proceso de afirmación: su tradición la envolvía en un halo de sacralidad al ungir a los soberanos franceses con los santos óleos entregados por el Espíritu Santo a San Remigio; al consentir la comunión de los titulares en el trono con las dos especias; y al asumirles

¹ DOYLE, Williams (ed.). *Old Regime France (1648-1788)*. Oxford: Oxford University Press, 2001, pág. 139

poderes taumatúrgicos capaces de sanar la escrófula. En definitiva, cuando el hombre que inspira estas páginas observó que «los reyes son Dioses y participan en cierto sentido de su independencia divina», aun practicando apología de su señor, no dejaba de emitir el paladino corolario de los seculares rituales rectores en la corte francesa.²

Todo ello, pues, se orientaba a una doble aspiración: conquistar el orden dentro del reino y la seguridad frente al exterior. Constituyen, de hecho, las condiciones para construir la ansiada prosperidad que reclamaba una nueva doctrina económica: el mercantilismo. Hablamos de una corriente teórica que contó con el patrocinio del Rey Sol, dado que propugnaba la acumulación de metal precioso como fundamento de la riqueza del reino. Para ello, era menester impulsar las manufacturas, proteger la producción nacional e incentivar el comercio de ultramar recelando siempre, eso sí, de la importación.³ Estas medidas llevaban, sin duda, el sello de Jean-Baptiste Colbert, *contrôleur* general de Finanzas durante prácticamente dos décadas. El control sobre el sistema se confió a las corporaciones de oficio y a las nacientes compañías comerciales que, inspiradas en el exitoso modelo holandés, habían de multiplicar la presencia francesa en los mercados de África, India y América.⁴ Este florecimiento económico se apoyó en la renovada alianza entre la autoridad real y la burguesía, en tanto que promotora de la riqueza nacional y contrapeso a la insaciable codicia de una conflictiva aristocracia. Pero los frutos de esa entente no tardaron en verse matizados por la galopante deuda, con su consecuente inflación, que se apoderó de la Europa del Seiscientos y, particularmente, de unas finanzas francesas lastradas por los proyectos edilicios y bélicos de Luis XIV. Y es que, entre sus planes, se contaba la certificación de la hegemonía francesa en el Viejo Continente. No era, desde luego, una pretensión novedosa, habida cuenta de la intensa confrontación que en el siglo anterior había vivido la Francia de los Valois y de los Borbón con la Europa tutelada por los Habsburgo. Sin embargo, ahora que la España de los Austrias arrastraba síntomas de declinación y que la Guerra de los Treinta Años había erosionado especialmente el Sacro Imperio, la Monarquía Francesa podía tomar el predominio europeo como algo más que una quimera versallesca. Lo cierto es que la intención fue más vehemente que el resultado: la coalición habsbúrgica, que movilizó no sólo sus dominios, sino también sus estados clientelares, y la oposición inglesa cercenaron el triunfo geopolítico.⁵

Donde sí se consagró la primacía francesa fue en el terreno de la cultura: la civilización de Versalles se tornó en paradigma cortesano durante más de un siglo. Además, el patronazgo regio sobre las artes y las letras se concretó en un potente aparato academicista que sentó escuela en el Viejo Continente, proporcionando nombres como los de Balzac, Descartes, Corneille, Molière, Racine o Fénelon. Pero ni mucho menos hablamos de una cultura homogénea. Al contrario, estuvo sometida a tensiones entre la retórica oficial, defensora del orden, de la tradición y de la religión, y la línea racionalista que prepara el camino para el pensamiento ilustrado. Especialmente palmaria se hizo esta confrontación en la generación de Bossuet, claramente exponente de la primera vertiente ideológica, y Pascal, momento en que el aristotelismo oficial se bate en liza con el cartesianismo. Pero ni siquiera estos bloques gozaron de homogeneidad interna: el mismo Bossuet habría de enfrentarse a otro clérigo como Fénelon a cuenta de los rasgos quietistas de su *Explication des maximes des saints sur la vie intérieure*. Ya en las postr-

² DOYLE, Williams (ed.). *Old Regime France... op. cit.*, págs. 139-140

³ SEGOVIA, Eduardo. "La obra historiográfica de Bossuet", *Revista de Historia Americana y Argentina*, 13-14, 1970, págs. 232-233

⁴ DOYLE, Williams (ed.). *Old Regime France... op. cit.*, págs. 22-24

⁵ SEGOVIA, Eduardo. "La obra historiográfica... op. cit.", pág. 233

merías del siglo XVII, el hugonote Pierre Bayle asestará el golpe definitivo que enterrará la Ciudad de Dios para levantar la Ciudad de los Hombres en las fauces de la Ilustración.⁶

Si bien los ejes contextuales hasta ahora seguidos nos han permitido caracterizar sucintamente la época en que vivió Jacques-Bénigne Bossuet e incluso situarle dentro de sus esferas de actuación, hay una que indudablemente merece especial atención: las relaciones que la realeza francesa definió con la Iglesia católica. En este sentido, a la altura del siglo XVII, Francia conoce un clima de querellas religiosas donde concurren herejías como el jansenismo, moralmente rigorista, y el quietismo; el creciente galicanismo, que sostiene la autoridad estatal sobre el clero frente a la superioridad pontificia; y, por supuesto, la voz de la Santa Sede. En medio de esta maraña espiritual (y política), todavía regía el Concordato firmado en 1516. Éste, sin embargo, dejaba algunas lagunas que los reyes franceses resolvieron, claro está, a su favor. Es el caso, verbigracia, de la gestión de los bienes de las sedes episcopales vacantes, cuya apropiación por Luis XIV no halló especial oposición por parte de un debilitado Pontificado (no olvidemos las consecuencias que el clima diplomático post-westfaliano ha tenido para la autoridad internacional de Roma). Esta pasividad cesó con el ascenso de Inocencio XI al trono de San Pedro: en la significativa fecha de 1680, tan sólo un año antes de la publicación del bossuetiano *Discours sur l'histoire universelle*, negó una serie de nombramientos episcopales efectuados por el Rey Sol y le arrebató la razón en la cuestión de la «regalía». Si el Santo Padre sacó las garras, Luis XIV hendió el colmillo en la yugular convocando a medio centenar de obispos en Versalles; de aquella reunión salió la *Declaración de los cuatro artículos*, texto que el Papa literalmente despedazaría en 1683, al tiempo que se negaría a investir canónicamente a los mitrados de nominación regia. Esta escalada de tensión, en la que Jacques-Bénigne Bossuet se vio envuelto como clérigo, como pilar del proyecto político de Luis XIV y como artífice de la predicha *Declaración*, sólo se templó con el fenecimiento de Inocencio XI.⁷

⁶ SEGOVIA, Eduardo. “La obra historiográfica... *op. cit.*”, pág. 233-235

⁷ GOUBERT, Pierre. *Historia de Francia*. Barcelona: Crítica, 1987, págs. 137-138

VIDA Y OBRA DE BOSSUET

En paralelo a la historia de los grandes acontecimientos, donde las coyunturas políticas se encuentran con las estructuras socioeconómicas y espirituales, debemos hacer discurrir la biografía de nuestro autor con el fin de capturar qué experiencias de su vida personal pudieron influir en su obra. En este sentido, debemos situarnos en el año de gracia de 1627, en la ciudad borgoñona de Dijon, para asistir a su natalicio, en el seno de una familia de magistrados que le procuran una educación jesuítica con miras a una carrera eclesiástica. De hecho, durante su juventud en Metz, recibe la tonsura y el canonicato hasta ser enviado en 1642 al Colegio de Navarra. Allí entra en contacto con el maestro Cornet, manantial de saber filosófico y teológico que regará generosamente las raíces cognitivas de su burgundio discente. De todos modos, antes de profundizar en su compromiso, se embarca en un intenso viaje reflexivo cuyo diario es su *Méditation sur la brièveté de la vie* (1648). Curiosamente, será la rebelión de la Fronda la que le impulse a continuar con su empresa académica, culminada, por fin, en 1652 con cuatro hitos: la obtención de la licenciatura, del doctorado en teología y del arcedianato de Sarrebourg, además de su ordenación como sacerdote en París. Veía así realizados los primeros pasos que, siguiendo el diseño vital dispuesto por su familia, debían llevarle a una acomodada vida en el seno de la Iglesia, mas tuvo nuestro joven párroco el privilegio de conocer a San Vicente de Paúl. El contacto con el clérigo aquitano le permitió considerar una vertiente para él hasta entonces insospechada: el apostolado. Marca de aquella honda influencia será la rúbrica con que Bossuet firmará el resto de su mundana existencia, acompañada por los caracteres *p. i.* (esto es, *pater indignus*).⁸

Entre 1652 y 1670 da sobradas dotes como orador desde el púlpito, primero en la ciudad protestante de Metz, después en París. Es la etapa en que producirá sus grandes sermones, entre los que contamos *Sermon sur la providence*, *De l'éminente dignité des pauvres* y *Sermon sur la mort*. Además, acuñará un género nuevo: las oraciones fúnebres. En ellas combina el usado encomio elegíaco con la dialéctica moral, convirtiéndolas, pues, en una herramienta que anticipa su vocación didáctica. Entre los personajes que merecieron tal honor, cabe mencionar al susodicho Nicolas Cornet (1663), la reina Ana de Austria (1666) y la infanta Enriqueta de Francia (1669), estas últimas pronunciadas ante toda la corte. Su talla oratoria se saldará con la redacción de hasta quinientos discursos, que lograron, de hecho, la conversión de numerosos protestantes, incluyendo a Henri de la Tour d'Auvergne-Bouillon, a Mademoiselle de Duras y al marqués de Dangeau. Habida cuenta de tales méritos, el arzobispo de Reims le consagró a la mitra de Condom. Parecía haber completado su *cursus honorum* eclesiástico cuando, desde esta Sede occitana, llama la atención de toda Francia, incluido su rey. Así es reclamado en Versalles, dando paso a una etapa áulica que se prolongará durante doce años.⁹

En el gran escaparate de la política europea del momento, Bossuet brillará con el mismo fulgor que los dorados motivos de sus vidriadas galerías. Como decía Saunier, «no tiene nada de un abate de corte, de un cortesano sometido a los caprichos de su amo: sabe fustigar las licencias de la propia vida del rey».¹⁰ En efecto, Bossuet, a pesar de sus convicciones monárquicas y de su admiración por Luis XIV, no renuncia a su deber de aleccionar a los hombres y, entre ellos, a los príncipes, cuya instrucción es concebida por el prelado borgoñón como la más elevada tarea. Esta fortaleza en su espíritu, pero desde

⁸ GÓMEZ FORNER, Juan José. *El pensamiento filosófico y político de Jacobo Benigno Bossuet* [tesis doctoral]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1995, págs. 14-18

⁹ SEGOVIA, Eduardo. «La obra historiográfica... *op. cit.*, pág. 235-236

¹⁰ *Ibidem*, pág. 236

luego también sus amplios dones intelectuales, le valieron la designación por decisión del mismo Rey Sol como preceptor del Delfín. Intensamente comprometido con tal dignidad, Bossuet compuso dos obras de excelso valor: *Politique tirée des propres paroles de l'Écriture Sainte* (1679) y *Discours sur l'histoire universelle* (1681). En ellas, trata de demostrar al joven príncipe la omnipotencia del gobierno providencial, capaz de regir el destino de los reyes y de sus estados. En la redacción de ambos títulos influyó, sin duda, el entorno versallesco, encarnación de un orden político donde cada ritual y cada símbolo recrea la majestad divina. Deslumbrado por este prodigioso universo, y con la intención de fosilizarlo en la persona del príncipe heredero, Bossuet desarrolla una tesis que sitúa a Dios como la fuerza motriz que acciona los engranajes de la historia; fuerza que, en su inapelable arbitrio, ha destinado a Francia a someterse a quien por Él fue elegido para heredar el Imperio de Occidente (i.e., el rey). Al fin y al cabo, para el infatigable preceptor, Luis XIV participaba de la gloria carolingia.¹¹

En realidad, Bossuet, al teorizar sobre el absolutismo como lo hace en estas obras, no estaba haciendo nada nuevo, como nos recuerdan Bodin y Hobbes; su verdadera innovación reside en la justificación de la monarquía de origen divino amparándose en las Sagradas Escrituras: el poder emana de Dios, no del pueblo, el poder que creen conquistar los hombres no es sino una encarnación del que procede del Cielo y que sólo por Éste queda legitimado; es así como la Providencia sanciona las distintas formas de Estado, si bien el abate prima la monarquía en tanto que la más antigua, natural y mejor de ellas. Para llegar a tal corolario, en su *Política*, Bossuet reflexiona acerca de tres ejes: el poder, la autoridad y la situación de los súbditos con respecto a los dos primeros. Su inicial foco de análisis le lleva a indagar sobre la conformación de la sociedad, que conoce una doble estructura: la de la familia, extensible a toda la humanidad en la medida en que todos somos hijos de Dios, y la de la nación. Parfraseando a San Agustín, y en unos términos que evocan a cierto pensador de la otra orilla del Canal, entiende que, sobre este bucólico principio se produjo una «violación de la sociedad humana» a manos de las pasiones. Es inevitable advertir aquí su amargo testimonio durante la Fronda, cuyos disturbios le hicieron consagrarse al orden y, según hemos visto pretéritamente, a sus estudios teológicos.¹² No en vano observaría que «*la seule autorité du gouvernement peut mettre un frein aux passions, et à la violence [...], quand chacun fait ce qu'il veut et n'a pour règle que ses désirs, tout va en confusion. Un lévite viole ce qu'il y a de plus saint dans la loi de Dieu*».¹³ Esta vorágine de nocivos instintos hizo que los ciudadanos se desprendieran de sus naturales derechos y los transfirieran al gobierno, gobierno que desde entonces ha quedado vertebrado por la idea de autoridad. Bossuet inviste esta noción, acompañada siempre por regio apellido, con cuatro epítetos: es sagrada, pues los reyes son ministros de Dios, como lo demuestra ya el primer señorío cedido, a través de Adán, a los primeros patriarcas; es paternal, ya que el príncipe tiene la responsabilidad y el deber de velar por las necesidades y por el bien de sus súbditos, incluso cuando éstos no se muestran agradecidos; es absoluta, al no existir poder temporal ni espiritual (nótese la impronta galicana) capaz de poner freno al soberano; y, por último, está sometida a la razón, dado que el monarca debe conocer la ley, hablar con elocuencia y sagazmente guiarse por el consejo de los doctos.¹⁴

¹¹ SEGOVIA, Eduardo. “La obra historiográfica... *op. cit.*”, pág. 236

¹² GÓMEZ FORNER, Juan José. *El pensamiento filosófico y político... op. cit.*, pág. 243

¹³ BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Politique tirée des propres paroles de l'Écriture Sainte à Mgr. le dauphin*. París: Pierre Cot, 1709, pág. 22 (libro I, artículo III, proposición II).

¹⁴ SCHILLING, Lothar. “Bossuet, die Bibel und der Absolutismus”, en PECAR, Andreas y TRAMPEDACH, Kai. *Die Bibel als politisches Argument: Voraussetzungen und Folgen biblizistischer Herrschaftslegitimation in der Vormoderne*. Berlín: De Gruyter Oldenburg, 2019, págs. 353-354

A pesar de tan excelso constructo de razonamientos, los denodados esfuerzos del obispo dijónés fueron estériles, al menos en cuanto a su finalidad práctica: su alumno era indolente (juicio que deberá aplicarse con indulgencia al tratarse, en definitiva, de un niño de diez años). Ahora bien, Bossuet reconoció de cuánto provecho fueron ambos proyectos para su propia persona, puesto que le permitieron retomar sus estudios profanos desde de la privilegiada posición que le proporcionaba su dignidad de miembro de la *Académie Française*, en la que ingresó ya en 1671. Mas su inserción en los más ínclitos círculos de erudición galos no se detuvo aquí: fue nombrado presidente del *Petit Concile*, institución que puso a su disposición una verdadera falange de colaboradores sin los que seguramente no se hubieran escrito el *Discurso* y la *Política*.¹⁵ Entre ellos, además del secretario, el Abad Fleury, se contaban Huet, Cordemoy, Doujat, Brianville, Pellison, Boudel, Rohault, Du Verney y Roëmer, así como una nómina de embajadores y peregrinos a quienes encomendó la recopilación de información.¹⁶

Además de servir para su propio cultivo intelectual, Bossuet ya compuso ambas obras pensando en su repercusión pública. No en vano, su objetivo encubierto se dirigía a los trabajos de pensadores antagonistas como Spinoza o Simon,¹⁷ como ya tendremos ocasión de ver. Pero lo cierto es que, pese a la intensa dedicación que movilizaron, siempre consagrada a referencias bíblicas, clásicas y patrísticas, el *Discurso* y la *Política* son de las postreras obras con tal orientación ideológica capaces de instalarse en el Elíseo del pensamiento político. Recordemos que, a la altura de 1680, esta dimensión cede a la condena del absolutismo gestada en el mundo protestante y expresada en la misma Francia, de modo polimorfo, desde las postrimerías del reinado de Luis XIV hasta la Revolución.¹⁸

No existía, empero, óbice capaz de detener al que Voltaire calificó como «*aigle de Meaux*». Aún debía librar sus últimas batallas en la que sus biógrafos han identificado como etapa polemista de Bossuet. Al ser designado, el mismo 1681, obispo de Meaux, y coincidiendo con la crisis entre la Monarquía Francesa y la Santa Sede a la que en páginas anteriores aludíamos, Bossuet se implicó activamente en la defensa y teorización del galicanismo. Al mismo tiempo, y asistido por Clío, se empeñó en combatir sin paliativos a los protestantes, deriva en que debemos encajar su *Histoire des variations des Églises protestantes* (1688). A sus «garras», por seguir el símil de Voltaire, tampoco escaparían ni el teatro ni la moral licenciosa (*Maximes et réflexions sur la comédie, Traité de la concupiscence*) y desbocaría su pluma contra el quietismo de Fénelon, contra Richard Simon, contra Malebranche, determinado a conciliar el pensamiento de San Agustín y de Descartes, y contra Spinoza. Por supuesto, la redacción de oraciones, sermones y ensayos, de pareja retórica, nunca se detuvo, hasta que, allá en 1704, Dios libró a nuestro abad de su *corruptor cuerpo*.¹⁹

¹⁵ OLIVEIRA, Maria Izabel Barboza de Morais. “O sentido da história nos *Discours sur l’histoire universelle* de Bossuet”, *Brathair*, 17(2), 2017, págs. 135 y 141

¹⁶ GÓMEZ FORNER, Juan José. *El pensamiento filosófico y político... op. cit.*, pág. 245

¹⁷ OLIVEIRA, Maria Izabel Barboza de Morais. “O sentido da história... op. cit.”, págs. 140-141

¹⁸ SEGOVIA, Eduardo. “La obra historiográfica... op. cit.”, pág. 237

¹⁹ Ibidem. Nótese en la última oración la aguda referencia a San Pablo (*Sapient.*, IX, 14-16), ampliamente citado en el *Tratado de la Concupiscencia* de Bossuet.

LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE BOSSUET EN EL SIGLO DEL RACIONALISMO

Jacques-Bénigne Bossuet escribe en unos tiempos que le son intelectualmente adversos. No sólo posee unos planteamientos discordantes con muchos pensadores de la escena europea, además se dedica a una disciplina que, en el siglo XVII, ya no goza del prestigio que había ostentado en la centuria anterior. La influencia cartesiana, siempre escéptica ante la posibilidad de llegar a conocer el pasado, había priorizado las cuestiones relativas a las ciencias naturales. Basta que el lector recuerde en qué se concretó la «revolución científica» para reparar en el ostracismo académico a que las ciencias humanas se vieron sometidas. Ello no implica, ahora bien, que no se escribiera buena historia en el *Seicento*, es más, irónicamente, los historiadores aplicaron ese escepticismo metodológico a la crítica documental.²⁰ Cabe reconocer que, en este proceso, intervienen también las transformaciones disciplinares heredadas desde el siglo XV, cuando el cronista dio paso al verdadero historiador: la escritura del pasado trascendió la mera enumeración de acontecimientos para desarrollar un gusto reflexivo que trata de reconstruir cadenas de causalidad, de establecer criterios de temporicidad y de releer lo pretérito desde la significatividad. Sin duda, la proyección humanista hacia el mundo clásico permitió el acercamiento a los autores antiguos y a un conocimiento inédito que obligó a reordenar los esquemas cronológicos. Por añadidura, la historia adquiere un estatuto privilegiado en el discurso didáctico de los príncipes, con ejemplos tan familiares como Diego de Valera, con su *Crónica de España* dirigida a Isabel la Católica o, claro está, nuestro Bossuet interpelando al *Grand Dauphin*. Desde este estrato, ya no solo se pone en valor el ejemplo de los antepasados, además se reconoce la potencialidad que aquello que hoy llamamos «perspectiva histórica» tenía para el cultivo de las virtudes regias: la interpretación poliédrica, justa y objetiva de la realidad. Desde el Renacimiento, la historia es «sabia consejera de príncipes», «maestra de la vida humana y de la política».²¹

Sobre este zócalo de transformaciones disciplinares, la tarea del historiador introduce innovaciones en su raíz metodológica: crece la atención a las fuentes, convertidas en objeto de una crítica sistemática. Dentro del mismo clero se hace fuerte este rigor técnico, de la mano de la escuela jesuita del Padre Bolland (*Acta Sanctorum*) y de la escuela benedictina de Jean Mabillon. Es más, este último acuña una nueva disciplina auxiliar de la historia, la diplomática, encargada de validar la veracidad documental (*De re diplomatica*). También desde los muros eclesiales, el oratoriano Richard Simon propone una nueva hermenéutica bíblica en su *Histoire critique du Vieux Testament* (1678); esta obra, por cierto, despertó todo el repudio de Bossuet, hasta el punto de que, pese a los permisos obtenidos por Simon, el abate de corte logró detener la publicación de su título durante dos años.²²

En el ámbito laico, la historia es testigo de una honda brecha ideológica. En una orilla, la efervescencia del contractualismo ha acuciado la preocupación por desentrañar los caracteres naturales de la autoridad política, y en tal pretensión, autores como Grocio con sus *Annales et Historiae de rebus Belgicus*, o Pufendorf, se embarcan en la búsqueda de referentes históricos que tengan vigencia en el presente: se parte de un estadio coyuntural para analizar el desarrollo de los mecanismos de gobierno.²³ Brilla en esta tesitura con especial fulgor la estela de Baruch Spinoza, cuyo *Tractatus theologico-*

²⁰ SEGOVIA, Eduardo. “La obra historiográfica... *op. cit.*, pág. 238

²¹ LOPEZ, Denis. “Discours pour le prince: Bossuet et l’histoire”, *Littératures classiques*, 30, 1997, págs. 173-175

²² OLIVEIRA, Maria Izabel Barboza de Morais. “O sentido da história... *op. cit.*, págs. 140-142

²³ SILVA, Saulo H. S. “História sagrada e absolutismo monárquico em Robert Filmer e Jacques Bossuet”, *Quadranti*, vol. III, 1-2, 2015, pág. 216

politicus (1655) pasa por ser «*opera prima* de la crítica filológica e histórica». Constituye una enmienda a la interpretación de las Sagradas Escrituras, por lo que reclama la práctica de una historia más científica. Por supuesto, el clero rechazó vehementemente tales tesis, y con especial beligerancia lo hizo Bossuet. Y es que no debemos olvidar que el judío holandés se jactaba de poder asistir directamente a las fuentes bíblicas al ser conocedor del hebreo, algo que el obispo de Metz no podía decir. Por si ello no bastara, Spinoza se distinguió por su abierta crítica a la monarquía absoluta de derecho divino. En consecuencia, al leer las dos obras cumbres de Bossuet, resulta imposible no advertir un tono que trasciende la docencia del Delfín e incluso la repercusión pública, para desmontar el pensamiento de Spinoza.²⁴

Mayor compatibilidad con nuestro autor tuvo, desde luego, la figura que hallamos en la otra orilla ideológica: Robert Filmer. Participa de la tendencia historiográfica barroca que subordina toda mudanza en la vida de los seres humanos a la voluntad de Dios. Su póstuma publicación *Patriarcha, or the Naturall Power of the Kings* (1680), se presenta como una suerte de historia universal que enraíza en Adán y toma cuerpo con los primeros patriarcas, una genealogía humana que sirve para legitimar la monarquía absoluta y hereditaria. Para el oficial inglés, Adán es «detentor de la propiedad sobre el mundo y sus sucesores», facultad que se transmitiría de generación en generación hasta trazar una secuencia lineal justificadora del poder patriarcal que, en su dimensión estatal, es retenido por el soberano. Los paralelismos con el *Discours* de Bossuet, como se verá, son muchos, si bien un rastreo en el tuétano de sendas obras revela cómo Filmer no sólo indaga en la doctrina teológica, sino también en el derecho natural.²⁵ En sus propias palabras, «*the first Kings were Fathers of Families*», y de esa condición emanó su autoridad en tanto que patriarcas de la familia que conforma cada Estado.

Este fue el providencialismo que, sobre todo en la obra de Bossuet, la Ilustración atacó con vehemencia. En efecto, los designios divinos adquieren un protagonismo innegable en el pensamiento político e ideológico del que fuera obispo de Metz, pero tendremos ahora ocasión de contrastar hasta qué punto ello le impide analizar con racionalidad unos hechos que, a fin de cuentas, pertenecen a la historia humana. Es cierto que una de las más precipuas figuras alumbradas por las luces del Setecientos, Voltaire, no dudó en condenar el poso teocéntrico de Bossuet a través de su *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (1756): «Parece [Bossuet] haber escrito para insinuar que todo lo acaecido en el mundo se debe a la nación judía: que si Dios entregó el imperio del Asia a los babilonios, fue para castigar a los judíos; que si Dios hizo reinar a Ciro, fue para vengarles; que si Dios envió a los romanos, fue nuevamente para castigarlos».²⁶ Pero también utilizó otra de sus eximias publicaciones, *Le siècle de Louis XIV* (1751), para elogiar al abate de corte por haber aplicado el arte oratorio a la historia. De hecho, lo hace en estos términos: «Causó asombro esa fuerza majestuosa con la que describe las costumbres, el gobierno, el crecimiento y la caída de los grandes imperios, y esos rasgos rápidos de una verdad enérgica con los que pinta y juzga a las naciones».²⁷ Sin más dilación, adentrémonos en el contenido de las dos mayores obras historiográficas bossuetianas para comprobarlo.

²⁴ OLIVEIRA, Maria Izabel Barboza de Morais. “O sentido da história... *op. cit.*, págs. 140-141

²⁵ SILVA, Saulo H. S. “História sagrada e absolutismo monárquico... *op. cit.*, págs. 217-219

²⁶ AROUET, François-Marie (Voltaire). *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* [ed. R. Pomeau]. París: Classiques Garnier, 1963 (=1756), pág. 292 (traducción propia)

²⁷ AROUET, François-Marie (Voltaire). *Le siècle de Louis XIV*. Dresde: George Conrad Walther, 1753, pág. 184 (traducción propia).

UNA HISTORIA UNIVERSAL PARA EDUCAR A UN PRÍNCIPE

Discours sur l'histoire universelle à Monsieur le Dauphin : pour expliquer la suite de la religion et les changements des empires : depuis le commencement du monde jusqu'à l'empire de Charlemagne. Tan elocuente título preside la obra más excelsa de Bossuet, máxime en su faceta como historiador. Título que, por cierto, nos brinda las claves de su contenido.

Para empezar, enfrentarse al *Discours* no es situarse ante un tratado de erudición, pues, de hecho, la intención pedagógica de la obra lo rechaza. Se trata, pues, de un extenso discurso, impregnado de un sentido de oralidad y direccionalidad ampliamente reiterado en los recurrentes apóstrofes a la persona del Delfín. En adición, esta forma retórica permite al autor anclar el conocimiento que transmite a un intercambio verbal (en verdad, más bien una alocución), lo que subraya su magisterial autoridad. Recordando siempre el fin didáctico, en el mismo estilo, no sólo en la narración, Bossuet despliega una dualidad que combina aquel ancestral modo de transmisión de ideas con la fuerza visual de las imágenes, provistas a veces de una virtualidad empírica, casi geográfica, que añade a la autoridad académica, credibilidad sensorial.²⁸ ¿Acaso no estamos en el siglo del conocimiento experimental?

En segundo lugar, aunque en relación con lo anteriormente señalado, Bossuet ya nos advierte de la naturaleza de la obra, insertada en el programa pedagógico de un príncipe donde, claro está, la historia va a posicionarse estratégicamente (Doc. 1). Precisamente esta visión utilitaria va a desdeñar la erudición, como parece acotar el título al centrarse en dos ejes, religión e imperios (Doc. 5); y es que, para el preceptor, los hechos históricos sólo adquieren valor sustantivo cuando son enfocados desde la luz de Dios. Así se deja sentir un providencialismo que, lejos de anular toda reflexión mundana, proporciona lecciones al príncipe para el desempeño de su labor (Doc. 2) y al hombre para el freno a su inmoralidad, siendo inevitable la analogía con un Polibio o un Maquiavelo.²⁹

Por último, para la consecución de tan trascendente fin, que sitúa en manos de Bossuet el devenir de Francia, el epígrafe de la obra delimita tiempo y espacio, que son, a fin de cuentas, las dos coordenadas con las que trabaja la historia. El marco territorial fija una dimensión universal, como universal es el imperio de Dios, rasgo sin duda tributario del pensamiento ecumenista medieval. En cuanto a la cronología, Carlomagno representa para Bossuet el fin del «*Ancien Empire*» y el inicio del «*Nouvel*», del que aún participaban sus tiempos, curiosa temporización que se adelanta a la versión ternaria en eras.³⁰

Tras estas consideraciones preliminares, procede desentrañar la tesis y los fundamentos teóricos que la sostienen. En este sentido, el prelado borgoñón cimenta su exposición en prolíficas citas a padres de la Iglesia como San Agustín o San Pablo; a clásicos como Plutarco, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Suetonio, César, Tito Livio y Tácito; a autores judíos como Flavio Josefo y a cristianos alto-medievales como Eusebio de Cesarea, Casiodoro, Orígenes, Casiodoro, Tertuliano, San Isidoro, Eginardo y San Gregorio de Tours. A esta larga nómina de referentes se añade, por supuesto, el más Excelso para un abate del Seiscientos: las Sagradas Escrituras.³¹

²⁸ BJØRNSTAD, Hall. "Between Providence and Foresight: Bossuet's Discourse on Universal History", en BJØRNSTAD, Hall; JORDHEIM, Helge y RÉGENT-SUSINI, Anne. *Universal History and the Making of the Global*. Nueva York: Routledge, 2019, s.p.

²⁹ SEGOVIA, Eduardo. "La obra historiográfica... *op. cit.*, págs. 238-240

³⁰ OLIVEIRA, Maria Izabel Barboza de Morais. "O sentido da história... *op. cit.*, pág. 146

³¹ SEGOVIA, Eduardo. "La obra historiográfica... *op. cit.*, pág. 245

Tan vasto espectro documental sirve a su pretensión de demostrar cómo Dios gobierna la historia de los hombres (Doc. 3), en tanto que causa primera e insondable: la Providencia ocupa, pues, el lugar que para otros tiene la *tyche* o el azar.³² Pero ello no supone una abjuración del análisis racional, aspecto que la crítica no siempre ha sabido leer y que, de hecho, prueba la genialidad intelectual de Bossuet. Admite que los imperios caen por designio de Dios, pero también por el encadenamiento de causas y consecuencias terrenales. Esta contradicción se resuelve así: son estas últimas las que determinan la evolución de los imperios, pero obedecen a la naturaleza de los mismos, naturaleza primigenia dispuesta por Dios. Por ejemplo, cuando el dijonés se refiere a imperios como el escita o el etíope, su mediocre relevancia en el concurso de los tiempos va a venir derivada de sus rasgos naturales, propios de «*nations sauvages et mal cultivés*»; para aquellos Estados poderosos que, sin embargo, también conocieron la ruina y la declinación, recurre entonces al arbitrio de Dios, al que ni siquiera escapan los más grandes. Sirva como imagen la que ofrece Bossuet para el imperio de los egipcios: «*Sésostris enleva les richesses de Salomon. Dieu, par un juste Jugement, les avait livrés entre ses mains [...]. Il est vray aussi que ce grand Empire ne dura gueres*».³³ Lo mismo sucede con Babilonia, «*qui semblait née pour commander à toute la terre*», pero que, por orgullo de Nabucodonosor, quien osó desafiar a Dios, perdió el trono de las naciones. En suma, a pesar de estos primigenios vínculos entre los hechos humanos y la agencia providencial, el relato se va llenando con cadenas de causalidad política o incluso económica. Además, al no perseguir una digresión histórica, Bossuet llama la atención sobre las lecciones morales que el príncipe debe extraer para curtirse en las virtudes mayestáticas (Doc. 6). Es el caso del orgullo y la injusticia, de la envidia (germen de disensiones internas) y del lujo superfluo: más que condiciones estructurales impuestas por la naturaleza, estamos hablando de vicios nacidos de la degeneración, de ahí que el príncipe deba siempre permanecer vigilante, con la Historia en la mano.³⁴

A través de esta concatenación de conceptos, el lector puede comprender la profundidad analítica que se desprende de la tesis providencialista. Con ello, la idea de una naturaleza invariable como agente determinista de empíreo sello, va difuminándose al considerar racionalmente el protagonismo de las acciones humanas, donde la convergencia entre moral y política pasa a ser calibrada por el historiador. Bossuet pasa a captar así lo que en siglos posteriores se denominaría *Volksgeist*: de los griegos subraya la «*civilité*», de los romanos, su dotación de «*loys et politesse*». Y es en esas cualidades en las que debe reparar el príncipe, pues de sus gestos virtuosos dependerá el carácter de su pueblo y, por ende, el devenir de la *nación*. Las virtudes romanas juegan, desde luego, primada posición en esta pedagogía del poder. El abate borgoñón admira los manejos del Senado en los siguientes términos: «*Il n'y eut jamais d'assemblée où les affaires fussent traités plus meûrement, ni avec plus de secret, ni avec une plus longue prévoyance, ni dans un plus grand concours, et avec un plus grand zèle pour le bien public*».³⁵ La posesión de virtudes como la reflexión, la discreción o la discordia eran, precisamente, las que previnieron a una cámara de tres cientos individuos de disensiones, pauta que, sin duda, debería inspirar a un consejo regio del siglo XVII.³⁶ Igualmente, el paternalismo y el amor por la gloria militar son encomio de Roma: «*Une des plus belles parties de la milice Romaine estoit qu'on n'y loûoit point*

³² LOPEZ, Denis. "Discours pour le prince: Bossuet et l'histoire", *Littératures classiques*, 30, 1997, pág. 175

³³ BSB. 4. H.un. 17. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire universelle*. París: Sebastien Mabre-Cramoisy, 1681, págs. 464 y 466

³⁴ LOPEZ, Denis. "Discours pour le prince... op. cit., pág. 181

³⁵ BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire... op. cit., pág. 512*

³⁶ LOPEZ, Denis. "Discours pour le prince... op. cit., págs. 182-184

*la fausse valeur. Les maximes du faux honneur, qui ont fait périr tant de monde parmi nous, n'étoient pas seulement connues dans une nation si avide de gloire».*³⁷

Más allá de la definición del carácter de cada civilización, hallamos otras muestras de reflexión histórica que confirman la solidez y amplitud de estudio, trascendiendo el mero relato evenemencial. Se reconstruyen sistemas de creencias (como el de Egipto), se calibran tensiones en el marco de la simultaneidad (Atenas-Esparta), se profundiza en la caracterización psicológica de grandes figuras como Alejandro Magno,³⁸ e incluso se recuperan conceptos atemporales para establecer conexiones entre pasado y presente. En esta última línea se manifiesta la visión que Bossuet tiene de la libertad. Sorprende que un teórico de la tradición absolutista y de la inmutabilidad política elogie el amor de los antiguos por la libertad, pero también es cierto que lo hace en la medida en que esta se subordina a la ley y a la patria. De hecho, la historia de Grecia y de Roma sirven al dijonés para probar que su exceso, el libertinaje, se traduce en los más infaustos sucesos. Así, nos recuerda que «À Athenes, la liberté tendoit naturellement à la licence [...]. Un sage Athenien, et qui connoissoit admirablement le naturel de son païs, nous apprend que la crainte estoit nécessaire à ces esprits trop vifs et trop libres; et qu'il n'y eût plus moyen de les gouverner quand la victoire de Salamine les eût rassés contre les Perses».³⁹ Algo parecido diputa a los romanos al presentarlos como ejemplo de falta de unidad en la garantía de la paz social: «les uns [los patricios] alléguaient toujours que la liberté excessive se détruit enfin elle-même; et les autres [los plebeyos] craignant au contraire, que l'autorité, qui de sa nature croist toujours, ne dégénérest enfin en tyrannie».⁴⁰

Considerada la intención, las fuentes, la tesis y las ideas movilizadas en el *Discours sur l'histoire universelle*, debemos dedicar un postrer apunte a la estructura. De hecho, ésta revela cómo Bossuet, en lugar de recrear un friso cronológico, llevó a cabo una sugerente interpretación sobre tan larga horquilla temporal. Fruto de ello es una articulación ternaria que consagra la primera parte a *Les époques*. Supone una colección ordenada de los hechos sagrados y profanos, debidamente agrupados en doce épocas identificadas con doce figuras destacadas que, siguiendo el ritmo barroco de sístole y diástole, pautan la pulsación del tiempo histórico. Se trata de Adán o la Creación; de Noé o el Diluvio; de La vocación de Abraham; de Moisés, o la ley escrita; de La toma de Troya; de Salomón, o el Templo edificado; de Rómulo, o Roma fundada; de Ciro, o los judíos restablecidos; de Escipión, o Cartago vencida; del nacimiento de Jesucristo; de Constantino, o la paz de la Iglesia; y de Carlomagno, o el establecimiento del nuevo Imperio. La segunda parte, *La suite de la religion*, consiste en una historia del cristianismo, su Iglesia y el pueblo de Dios, considerados como «le plus grand et le plus utiles de tous les objets qu'on puisse proposer aux hommes».⁴¹ En estas páginas, Bossuet demuestra la solidez de la siempre triunfante Iglesia, en un tono que parece evocar las tensiones intelectuales habidas por el autor con sus adversarios. El tercer y último eje, el de *Les empires*, se centra en las causas humanas, como hemos podido atestiguar en los fragmentos superiores. Hay, pues, una observación racional que no renuncia, eso sí, a advertir cómo todo cuanto acaece en la historia temporal sirve al triunfo de la fe, puesto que ésta permanece en su incólume fortaleza frente a la caducidad de los imperios mundanos.⁴²

³⁷ BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire... op. cit.*, pág. 511

³⁸ SEGOVIA, Eduardo. "La obra historiográfica... *op. cit.*, págs. 244-245

³⁹ BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire... op. cit.*, pág. 490-491

⁴⁰ *Ibidem*, pág. 537

⁴¹ *Ibidem*, pág. 136

⁴² SEGOVIA, Eduardo. "La obra historiográfica... *op. cit.*, págs. 241-243

CONOCER AL ENEMIGO PARA VENCERLE CON SU HISTORIA

El otro gran título historiográfico de Jacques-Bénigne Bossuet se concibe en sus años de episcopado en Meaux: *Histoire des variations des Églises protestantes* (1688). Retirado de la corte, puede emplearse en asestar su golpe definitivo al magma de confesiones informes por las que tenía a los cultos cristianos apartados de su obediencia a Roma. Así, trata de historiar al enemigo confesional para convencerle de sus erróneas creencias (Doc. 4), pues frente a la diversidad de sectas e iglesias que dan contenido al término «protestante», la Iglesia Católica siempre permanece, según Bossuet, inmutable, inmune al error por su infalibilidad y por el alumbramiento del Espíritu Santo, quien «*répand des lumières pures*» y enseña una verdad «*à un langage toujours uniforme*». Huelga decir que para el dijónés, cambio, variación son sinónimos de falsedad, evidenciando con ello que las herejías protestantes se sustentan en creaciones humanas, corruptas, no divinas.⁴³ Se advierte, pues, un tono retórico que apela a la conversión, quién sabe si confiando en resultados tan satisfactorios como los logrados durante sus años en Metz. De todos modos, esta iniciativa debe enmarcarse en una Europa que ha renunciado a imponer la fe por las armas y recurre a estrategias más sutiles como el ensayo o la diplomacia (recuérdense las operaciones impulsadas por Roma y París para atraer a Cristina de Suecia al rebaño católico).

La *Histoire des variations des Églises protestantes*, tan ambiciosa como inédita por ser la primera obra en reconstruir la evolución de un fenómeno religioso, sigue, frente al *Discours*, una estructura cronológica que, de hecho, permite a Bossuet demostrar la volubilidad y dependencia de las herejías respecto a las zozobras seculares.⁴⁴ Quince libros conforman un rosario histórico y teológico que arranca en 1517 y llega hasta fines del siglo XVII para terminar reconociendo, a la manera de corolario, la firmeza e invariabilidad de la Iglesia romana. Son cuatro los focos de estudio: la Reforma de Lutero, incluyendo las agitaciones de Melancton y la Confesión de Augsburgo (libros I-VI); la Reforma anglicana (libro VII); la modulación y asentamiento de la doctrina calvinista y zwingliana (libro IX); y los antecedentes de la herejía moderna, apartado en que incluye a albigenses, valdenses, husitas y seguidores de Wyclif (libro XI). El resto de la obra lo nutren cadenas factuales acotadas en segmentos temporales desde 1558 hasta el presente de Bossuet y reflexiones acerca del comportamiento diacrónico que determinadas figuras teológicas, como la del Anticristo, han tenido en las doctrinas protestantes.

Ahora bien, la *Historia de las variaciones* sacrifica el rigor en el ara de su tesis teológica. Bossuet no oculta sus intenciones, no aspira a la imparcialidad, sino a la polémica. Y, si bien sustenta su exposición en actas y documentos de factura protestante, como sus «libros simbólicos», incurre en no pocas ocasiones en un análisis psicológico de los protagonistas. Eso sí, nunca juzga Bossuet a los hombres, siempre tratados con respeto, aquello que se convierte en diana de su pluma son las doctrinas que practican. Y, al hacerlo, no cabe duda de su capacidad para conducir un minucioso estudio histórico, si lo desprendemos de su atuendo apologético. No en vano, autores como Fueter, consideran que esta obra es aún de mayor valor histórico que su renombrado *Discours*. Desgraciadamente, ninguna surtió su fin inmediato, pues ni el Delfín supo asimilar la sublime estructura pedagógica dispuesta por su preceptor, ni los protestantes se sintieron agraviados al ser señalados por su *variación*: al fin y al cabo, para ellos era la mejor prueba de que su fe estaba viva, no parapetada en los muros de un templo.⁴⁵

⁴³ SEGOVIA, Eduardo. "La obra historiográfica... *op. cit.*, págs. 247-248

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 250

⁴⁵ GÓMEZ FORNER, Juan José. *El pensamiento filosófico y político... op. cit.*, págs. 225-228

CONCLUSIONES

Tras este recorrido por la trayectoria vital, filosófica, ideológica e historiográfica de Jacques-Bénigne Bossuet, es menester aportar algunas reflexiones finales que ordenen sustantivamente tan prolífica existencia consagrada al cultivo del saber y al servicio a Dios y a su Rey. Si bien no nos corresponde a nosotros, humildes lectores, juzgar la declinación de tan elevados valores para su tiempo, sí es acuciante su comprensión para no incurrir en los desvirtuados ejercicios interpretativos que censuraron a Bossuet y su obra sólo con el arbitrio retroactivo, tan tentador para el estudioso del pasado.

En este sentido, se nos plantea preceptivo regresar al objetivo con que formulamos el presente trabajo a través de tres interrogantes. Para empezar, si bien sus datos biográficos arrojan un firme compromiso con el altar y su alianza con el trono, compromiso que, en efecto, se concretan en sus grandes obras, lo cierto es que Bossuet estaba revestido de magistrales dotes analíticas que le permitieron también neutralizar sus pretensiones con cierto rigor. Así se ha visto en el *Discours*, donde despliega su capacidad para conjugar la voluntad divina con las causas humanas, pero también en la *Histoire des variations des Églises protestantes*, donde a su profesionalidad metodológica añade su integridad al rebatir las ideas mediante la palabra y no caer en el dicerio. Conciliar la militancia clerical con la visión racional no es, desde luego, sencilla tarea, más en una Europa profundamente confesional, lo que prueba la sutileza y agudez interpretativas con las que se enfrentó a todo tipo de fuentes. En efecto, y a pesar del usado reproche a su dependencia de las Sagradas Escrituras, Bossuet no desdeñó referencias procedentes de la tradición pagana ni de la protestante.

Párrafo aparte merece una valoración de su contribución a la escritura de la historia en Occidente. Nadie duda del sello que nombres como Polibio, Tácito, Maquiavelo, Ranke o Marx, sólo por citar algunos, tuvieron en la modelación de nuestro pensamiento histórico. Pero tampoco necesita práctica dubitativa la escasa consideración que Bossuet parece haber merecido en este terreno. Es más, si en rincones como la parisina Fuente de Saint Sulpice, la catedral de Meaux o su plaza homónima en Dijon se han erigido sáxeos recuerdos a su persona, podemos sospechar que se debe más bien a su primado papel en la historia de Francia, como teórico del absolutismo de Luis XIV, como modulador del galicanismo, como impulsor de la revocación del Edicto de Nantes... No venimos aquí a negar su trascendencia en la historia de los hechos, al contrario, es nuestra pretensión extenderla a la dimensión de tan poliédrica figura, capaz de desarrollar una historia que anticipaba ya en el siglo XVII nociones que aún a día de hoy reivindica la didáctica de las ciencias sociales. Simultaneidad, perspectiva histórica, cambio y continuidad, amplitud global del estudio... son algunos de los conceptos que ya concurren en la obra de Bossuet y que, curiosamente, aún tratan de implementar nuestros presentes planes educativos. Por si ello no fuera suficientemente meritorio, el obispo de Meaux añadió su innata fuerza oratoria, consumada en su extensa relación de sermones y concretada en un excepcional dominio del ejemplo.

Finalmente, procede anudar los distintos ejes del trabajo en una postrera consideración. Así, como se ha visto, aquel joven borgoñón destinado a una carrera eclesiástica para alcanzar la cómoda y tranquila posición anhelada por su entorno magistrado, rebasó con creces las expectativas sobre él depositadas. Ya no sólo por conquistar tan estratégicas dignidades en la corte versallesca: si desde el Humanismo, al hombre se le mide por el fruto de su creación, sin duda Jacques-Bénigne Bossuet pertenece al ínclito linaje de los Grandes de la Historia.

BIBLIOGRAFÍA

- AROUET, François-Marie (Voltaire). *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* [ed. R. Pomeau]. París: Classiques Garnier, 1963 (=1756)
- . *Le siècle de Louis XIV*. Dresde: George Conrad Walther, 1753
- BJØRNSTAD, Hall. “Between Providence and Foresight: Bossuet’s Discourse on Universal History”, en BJØRNSTAD, Hall; JORDHEIM, Helge y RÉGENT-SUSINI, Anne. *Universal History and the Making of the Global*. Nueva York: Routledge, 2019
- BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l’histoire universelle*. París: Sebastien Mabre-Cramoisy, 1681
- . *Histoire des variations des Églises protestantes*. Lieja: François Hoyoux, 1710
- . *Politique tirée des propres paroles de l’Écriture Sainte à Mgr. le dauphin*. París: Pierre Cot, 1709
- DOYLE, Williams (ed.). *Old Regime France (1648-1788)*. Oxford: Oxford University Press, 2001
- GÓMEZ FORNER, Juan José. *El pensamiento filosófico y político de Jacobo Benigno Bossuet* [tesis doctoral]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1995
- GOUBERT, Pierre. *Historia de Francia*. Barcelona: Crítica, 1987
- LOPEZ, Denis. “Discours pour le prince: Bossuet et l’histoire”, *Littératures classiques*, 30, 1997
- OLIVEIRA, Maria Izabel Barboza de Morais. “O sentido da história nos *Discours sur l’histoire universelle* de Bossuet”, *Brathair*, 17(2), 2017
- SCHILLING, Lothar. “Bossuet, die Bibel und der Absolutismus”, en PECAR, Andreas y TRAMPEDACH, Kai. *Die Bibel als politisches Argument: Voraussetzungen und Folgen biblizistischer Herrschaftslegitimation in der Vormoderne*. Berlín: De Gruyter Oldenburg, 2019
- SEGOVIA, Eduardo. “La obra historiográfica de Bossuet”, *Revista de Historia Americana y Argentina*, 13-14, 1970
- SILVA, Saulo H. S. “História sagrada e absolutismo monárquico em Robert Filmer e Jacques Bossuet”, *Quadranti*, vol. III, 1-2, 2015

ANEXOS



FIG. 1. Hyacinthe Rigaud. *Retrato de Jacques-Bénigne Bossuet*, 1702, óleo sobre tela, 240 x 165 cm. Museo del Louvre, París.

FIG. 2. Pierre Paté. *El Palacio de Versailles*, 1668, óleo sobre lienzo (detalle). Museo de Historia de Francia (París).



DOC. 1. *La Historia, magistra vitae et principum*

«Aun cuando la historia fuese inútil para los demás hombres, importaría mucho que la leyeran los príncipes. No hay en verdad medio más adecuado de conocer cuánto pueden las pasiones y los intereses humanos, los tiempos y las circunstancias, los buenos y los malos consejos. Las acciones humanas forman el tejido de la historia, en la que todo parece dispuesto para el uso de los príncipes. Si para bien reinar le es indispensable la experiencia, nada hay más provechoso para su instrucción que el unir con los ejemplos de los siglos pasados su experiencia de todos los días. Sin aventurar nada, forman su juicio en los sucesos pasados con el auxilio de la historia, con lo cual se libran de juzgar a expensas de sus súbditos y de su propia gloria, los hechos arduos que les acontecen. Cuando ven expuestos a los ojos de los hombres hasta los más ocultos vicios de los príncipes, a pesar de las alabanzas que les fueron prodigadas durante su vida, avergüénzase del vano placer que les causa la lisonja y comprenden que la gloria verdadera sólo se compadece con el mérito.»

Fuente: BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discurso sobre la Historia Universal* [versión castellana de Castro y Valle]. París: Casa Editorial Garnier Hermanos, 1913, pág. 3, citado por SEGOVIA, Eduardo. “La obra historiográfica... *op. cit.*, p. 239

DOC. 2. Consejos para un príncipe

«La gloire de vos Ancestres est non seulement de ne l'avoir jamais abandonné, mais de l'avoir toujours soustenue, et de l'avoir merité par là d'estre appellez les Fils aisnez, qui est sans doute le plus glorieux de tous leurs Titres.

Je n'ay pas besoin de vous parler de Clovis, de Charlemagne, ni de Saint Louis. Considerez seulement le temps où vous vivez, et de quel Pere Dieu vous a fait naistre. Un Roy si grand en tout se distingue plus par sa Foy que par ses autres admirables qualitez. Il protege la Religion au dedans et au dehors du Royaume, et jusqu'aux extrémitez du monde. Ses Loix font un des plus fermes remparts de l'Église. Son autorité réverée autant par le merite de sa Personne que par la majesté de son sceptre, ne se soustient jamais mieux que lors qu'elle défend la cause de Dieu. On n'entend plus de blasphème; l'impieté tremble devant luy: c'est ce Roy marqué par Salomon, qui dissipe tour le mal par ses regards. S'il ataque l'Héresie par tant de moyens, et plus encore que n'ont jamais fait ses Predecesseurs, ce n'est pas qu'il craigne pour son trône; tout est tranquille à ses pieds, et ses armes sont redoutées par toute la terre: mais c'est qu'il aime ses Peuples, et que se voyant élevé par la main de Dieu à une puissance que rien ne peut égaler dans l'Univers, il n'en connoist point de plus bel usage que de la faire servir à guerir les playes de l'Eglise.

Imitez, MONSEIGNEUR, un si bel exemple, et laissez-le à vos Descendants. Recommandez-leur l'Eglise plus encore que ce grand Empire que vos Ancestres gouvernent depuis tant de siecles. Que vostre auguste Maison, la premiere en dignité qui soit au monde, soit la premiere à défendre les droits de Dieu, et à etendre par tout l'Univers le regne de Jesus-Christ qui la fait regner avec tant de gloire.»

Fuente: BSB. 4. H.un. 17. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire universelle*. París: Sebastien Mabre-Cramoisy, 1681, págs. 428-429

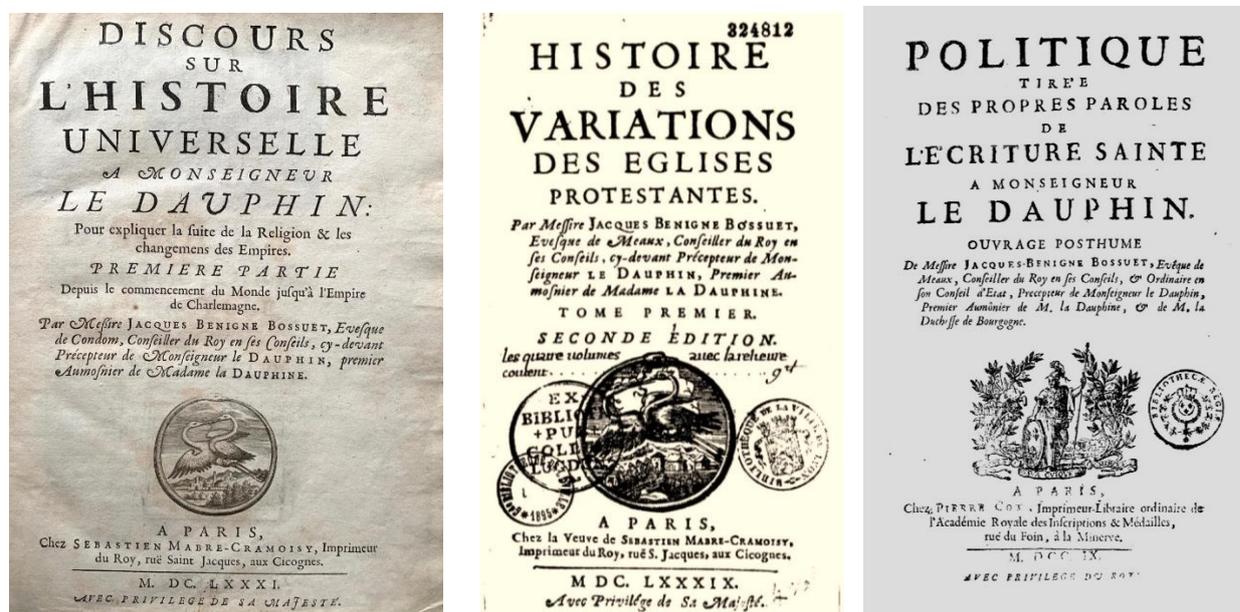


FIG. 3. Portadas de las tres mayores obras de Jacques-Bénigne Bossuet. Fuentes (respectivamente): BSB. 4. H.un. 17. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire universelle*; BML (Bibliothèque Municipale de Lyon), 324812 T. 01, BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Histoire des variations des églises protestantes*; BnF. Ark:/12148/bpt6k103256m. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Politique tirée des propres paroles de l'Écriture Sainte*.



FIG. 4. Étienne Allegrain. *Promenade de Louis XIV dans les jardins de Versailles*, 1688, Musée du Château de Versailles. Esta escena nos ayuda a reconstruir el entorno cortesano en que se insertó el Obispo Bossuet. Crédito de la imagen: AFP / Photo Josse / Leemage

DOC. 3. El providencialismo en Bossuet

«Premierement, ces Empires ont pour la plupart une liaison necessaire avec l'Histoire du Peuple de Dieu. Dieu s'est servi des Assyriens et des Babyloniens, pour chastier ce Peuple; des perses, pour le rétablir; d'Alexandre et de ses premiers successeurs, pour le proteger; d'Antiochus l'Illustre et de ses successeurs, pour l'exercer; des Romains, pour soustenir sa liberté contre les Rois de Syrie, qui ne fongoient qu'à la détruite. Les Juifs ont duré jusqu'à Jesus-Christ sous la puissance des mesmes Romains. Quand ils l'ont méconnu et crucifié, ces mesmes Romains ont presté leurs mains sans y penser à la vengeance divine, et ont exterminé ce Peuple ingrat. Dieu qui avoit résolu de rassembler dans le mesme temps le Peuple nouveau, de toutes les Nations, a premierement réüni les terres et les mers sous ce mesme Empire. Le commerce de tant de Peuples divers, autrefois étrangers les uns aux autres, et depuis réünis sous la domination Romaine, a esté un des plus puissants moyens dont la Providence se soit servie pour donner cours à l'Evangile. Si le mesme Empire Romain a persecuté durant trois cens ans ce Peuple nouveau qui naissoit de tous costez dans son enceinte, cette persecution a confirmé l'Eglise Chrestienne, et a fait éclater sa gloire avec sa Foy et sa patience. Enfin, l'Empire Romain a cedé, et ayant trouvé quelque chose de plus invincible que luy, il a receü paisiblement dans son sein cette Eglise à laquelle il avoit fait une si longue et si cruelle guerre. Les Empereures ont employé leur pouvoir à faire obéir l'Eglise, et Rome a esté le chef de l'Empire spirituel que Jesus-Christ a voulu étendre par toute la terre.»

Fuente: BSB. 4. H.un. 17. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire ... op. cit.*, págs. 430-431



DOC. 4. Bossuet, martillo de protestantes

«*Si les Protestans sçavoient à fonds comment s'est formé leur Religion ; avec combien de variation et avec quelle inconstance leurs Confessions de foy ont esté dressés; comment ils se sont separez premièrement de nous, et puis entre-eux ; par combien de subtilitez ; de détours et d'équivoques ils ont tasché de réparer leur divisions, et de rassembler les membres épars de leur réforme defunie : cette réforme [...] ne les contenteroit guéres, et pour dire franchement ce que je pensé, elle ne leur inspireroit que du mépris.*»

Fuente: BSB. H. ref. 36-1. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Histoire des variations des Églises protestantes*. Lieja: François Hoyoux, 1710, f. 2r-v

FIG. 5. Hyacinthe Rigaud. *Retrato de Luis XIV*, 1701, óleo sobre lienzo, 277 x 190 cm. Museo del Louvre (París). Esta es toda una antología pictórica del absolutismo que Bossuet modeló con su pluma.

DOC. 5. Religión e Imperio: los dos ejes por los que transcurre la historia universal

«*Mais le vray dessein de cét Abregé n'est pas de vous expliquer l'ordre des temps, quoy-qu'il soit absolument nécessaire pour lier toutes les Histoires, et en montrer le rapport. Je vous ay dit, MONSEIGNEUR, que mon principal objet est de vous faire considerer dans l'ordre des temps la suite du peuple de Dieu et celle des grand Empires.*

Ces deux choses roulent ensemble dans ce grand mouvement des siècles où elles ont pour ainsi dire un mesme cours : mais il est besoin, pour les bien entendre, de les détacher quelquefois l'une de l'autre, et de considerer tout ce qui sonvient à chacune d'elles.»

Fuente: BSB. 4. H.un. 17. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire universelle*. París: Sebastien Mabre-Cramoisy, 1681, pág. 155

DOC. 6. La superioridad de la Iglesia sobre los Imperios

«*Pendant que vous les [empires] verrez tomber presque tous d'eux-mesmes, et que vous verrez la Religion se soustenir par sa propre force, vous connoistrez aisément quelle est la solide grandeur et où un homme sensé doit mettre son esperance.*»

Fuente: BSB. 4. H.un. 17. BOSSUET, Jacques-Bénigne. *Discours sur l'histoire ... op. cit.*, pág. 561



FIG. 6. Pintor desconocido del círculo de Pierre Mignard. *Retrato de Luis de Francia, el Gran Delfín* (el discípulo de Bossuet), hacia 1670, óleo sobre lienzo, 69 x 57 cm, ubicación desconocida